

## Tedio y violencia policial

ESTEBAN RODRÍGUEZ ALZUETA

MAGÍSTER EN CIENCIAS SOCIALES (UNLP) Y DOCENTE E INVESTIGADOR DE LA UNQ Y LA UNLP. AUTOR DE *TEMOR Y CONTROL. LA GESTIÓN DE LA INSEGURIDAD COMO FORMA DE GOBIERNO* (2014) Y *LA MÁQUINA DE LA INSEGURIDAD* (2016). COMPILADOR DE *"HACER BARDO: PROVOCACIONES, RESISTENCIAS Y DERIVAS DE JÓVENES URBANOS"* (2016). MIEMBRO DEL CIAJ Y LA CAMPAÑA NACIONAL CONTRA LA VIOLENCIA INSTITUCIONAL.



“Antes la barbarie que el tedio”.  
Théophile Gautier

1. En un contexto electoral particular de la Provincia de Buenos Aires, tensado por el incremento de la violencia en los delitos predatorios y los conflictos interpersonales, en el marco de la anunciada “emergencia en seguridad” y ante el fracaso del debate en la Legislatura sobre la creación de la Policía Municipal, en julio de 2004 el entonces gobernador Daniel Scioli creó por decreto la Policía Local.

Iba a ser una fuerza vinculada al municipio, pero por razones presupuestarias y desorganización terminó, por ahora, como la POL 2, absorbida por la Policía Bonaerense. Con un perfil desdibujado, la Policía Local es una policía de proximidad y prevención situacional. Cuenta con un cuerpo de 18 mil efectivos, de los cuales más de la mitad son mujeres (53%) y la gran mayoría jóvenes (el 70% tiene menos de 30 años). Su capacitación, que contó con aportes tímidos de algunas universidades públicas, fue muy ligera (6 meses promedio) a partir de “enlatados” elaborados por el staff de la Escuela Vucetich que reproducen los mismos contenidos mínimos que tiene la Bonaerense (Rodríguez Alzueta, 2016).

Es así que, desde hace más de un año, deambulan por algunas ciudades de la Provincia los “pitufos”. La denominación despectiva fue acuñada por los jóvenes que siguen siendo el objeto principal de los controles de identidad que desarrollan estas fuerzas. Tal vez porque visten uniforme y boina azul francés o porque gran parte de ellos son criaturas de baja estatura, los “pitufos” parecen duendes o gnomos que rondan por la ciudad; con una gran diferencia: están armados.

Este artículo forma parte de una investigación que dirijo en la Universidad Nacional de Quilmes denominada “Violencia policial: prácticas policiales vulneradoras de derechos

de jóvenes en el partido de Quilmes". Con el trabajo de campo recién empezado (el cual se extenderá durante 2017) presento aquí una serie de hipótesis exploratorias.

2. George Steiner en un magnífico ensayo dedicado a ampliar las fronteras de la cultura, indaga el lugar que tuvo el "ennui" en el siglo XIX, ese "veranito burgués" que tuvo lugar entre los años 1815 y 1915. Steiner se pregunta si aquello que sucedió inmediatamente después no fue consecuencia del tedio burgués (*ennui*): "Mi tesis sostiene que ciertos orígenes específicos de lo inhumano, de las crisis de nuestro tiempo que nos obligan a redefinir la cultura, se hallan en la larga paz del siglo XIX y en el centro mismo de la compleja estructura de la civilización." (Steiner, 1991: 24). "Si logramos comprender las fuentes de ese perverso anhelo, de ese prurito del caos, estaremos más cerca de comprender nuestro propio estado y las relaciones de nuestra situación." (Steiner, 1991: 27).

Cuando Steiner postula al *ennui* está pensando en los movimientos repetidos o en aquella inactividad suficientemente prolongada que segrega una especie de veneno en la sangre y produce un ácido letargo. Baudelaire (1991) llamó "splenn" a ese tedio peligroso que cultiva secretamente un "humor violento".

Didier Fassin tiene razón, cuando señala en su libro, "La fuerza del orden", que cualquier estudio sobre el trabajo policial debería comenzar por la descripción de los días y noches en que no sucede nada y se dedican a recorrer en auto o a pie el barrio o la ciudad, a dar vueltas por la cuadrícula asignada durante horas y horas, esperando llamadas que rara vez se producen y que a menudo terminan siendo errores o bromas. La mayor parte del día los policías se dedican a caminar y conversar entre ellos. A fumar, caminar y mandar mensajitos de texto por teléfono. Y si tienen la suerte de que patrullan el mismo barrio durante semanas o meses, a lo mejor pueden empezar a conversar con los vecinos o comerciantes de la zona. Pero en general, hablan entre ellos todo el tiempo mientras soportan el frío del invierno húmedo o las altas temperatura en verano que se resiente más aún con los chalecos antibalas que obligatoriamente tienen que usar.

El tedio no es patrimonio exclusivo de los jóvenes que hacen "junta" en las esquinas del barrio (Tonkonoff, 2007; Corrigan, 2010). También los policías se aburren y viven del tedio. El trabajo policial consiste fundamentalmente en soportar el aburrimiento. Durante años, al

menos hasta que suban de escalafón, los policías deambulan, caminan y patrullan las calles, “haciendo nada”. Como dice Fassin, la labor cotidiana es más bien monótona y está lejos del cine de acción o los policiales, puesto que “el aburrimiento prevalece por encima de la aventura” (2016: 111).

La vecinocracia tiene que saber que a los policías les pagamos por “hacer nada”. Tal vez una de las definiciones más adecuadas para la “prevención del delito” o mejor, la “prevención del miedo al delito”, sea esta: es hacer nada, estar ahí, de florero ambulante.

Sin embargo, nos preguntamos si el aburrimiento no es un factor a considerar para comprender algunas formas que asume la violencia policial. El aburrimiento introduce una suerte de “calma chicha” en el vecindario. Como la policía de prevención o proximidad suele emplazarse en las zonas sobreaseguradas (donde los comerciantes contratan agentes de seguridad privada o servicios de videovigilancia monitoreada; las casas tienen alarmas o aberturas reforzadas, muros elevados, cercas electrificadas; el Gobierno de la Ciudad dispuso cámaras de vigilancia en los espacios públicos). Allí donde los umbrales de inseguridad se modificaron, la actividad policial se limita a deambular “haciendo nada”. Ahora bien, “cuanto mayor es la seguridad, mayor también el ocio para pensar en los peligros que amenazan.” (L’Heuillet, 2010: 160). La mirada policial se detiene en los detalles. Así pequeños eventos de la vida cotidiana que para otras personas pasarían inadvertidos (un encuentro entre jóvenes, pibes gastándose entre sí, una madre amamantando a su hijo en el banco de una plaza, etc.), llaman la atención y comienzan a ser percibidos como problemas. Así es como se ganan la curiosidad y la sospecha policial.

En otras palabras: cuanto más ocio más milimétrica, detallista, puntillosa se vuelve la mirada del policía, más susceptible se vuelve el olfato policial, y lo que antes no era percibido como un problema ahora empieza a serlo; la persona que antes pasaba inadvertida ahora puede ser tratada como un impostor, un sujeto que está simulando y, por lo tanto, objeto de detención por averiguación de identidad. Por supuesto que el tedio actúa sobredeterminado por la posición social de las personas. No todas las personas se ganan la atención del policía aburrido. Tanto la clase social como la edad, siguen siendo las variables de rigor para llenar el tiempo muerto. En palabras de Fassin, (2016: 115 y 19):

“Comparado con la ociosidad que sufrían los agentes de policía, el acontecimiento más insignificante moviliza una energía sorprendente y su trato a menudo se mostraba desproporcionado”.

“En esas tediosas condiciones, hechos menores como la polución sonora causada por una motocicleta o una pelea entre dos adolescentes a menudo se tornan eventos mayores que generan una frenética excitación en los equipos e intervenciones desproporcionadas e inapropiadas por parte de la policía”.

Más aún: detener a una persona por averiguación de identidad, cachearla en la vía pública, incluso verduguearla, es la oportunidad de hacer algo, de llenar el tiempo muerto. La discriminación y violencia policial motorizan la grupalidad, activa a los policías, los distrae del tedio. En la calle no pasa nada hasta que los policías deciden interpelar a alguien. Salir a detener es “salir a hacer algo”, romper el continuo con el que se miden cotidianamente. Precisamente como “no pasa nada” lo que “pasa” suele ser el resultado de una provocación policial para que “pase algo”.

Y no solamente eso, los policías saben que no hacen nada. Y *no hacer nada* invita a pensar que *no son nada*. Por eso, una de las formas de levantar la autoestima, de recordarse que son policías y, por lo tanto, agentes del orden y actores imprescindibles, consiste en generar una serie de pequeños malentendidos que van escalando hasta llegar al conflicto (por ejemplo, una resistencia a la autoridad), situación que justificará su intervención inmediata. El resultado de esa profecía autocumplida es sentirse que sirven para algo, que no son un adorno, que existen y que no están de gusto.

Un hecho ocurrido este año en la ciudad de La Plata permite ilustrar esta cuestión. Estaban dos agentes de la Policía Local de la provincia de Buenos Aires haciendo su habitual rondín, hasta que en un momento se cruzaron con dos niños de 11 y 13 años. Uno de ellos estaba jugando con un palo, en efecto se trataba de una rama y el niño simulaba que era una espada. Uno de los policías se acercó y les dijo: “acá no se puede jugar con un palo”, y se los

saca. Los niños se miraron entre sí y siguieron caminando. A los treinta segundos, el policía quiebra la rama y la arroja a la calle.

Roland Barthes decía “Me aburría de tener aspecto de aburrirme. Y por cierto el tedio es una histeria” (op. cit. en Calvet, 1992: 279). Tenemos una policía *histérica*. Se trata de una histeria que podríamos resumirla así: no me des lo que te pido que no es eso lo que quiero. Lo que quiere el policía es otra cosa. En efecto, que el policía le pida los documentos al joven no constituye lo central. En primer lugar, lo fundamental es surfear el tedio, salir del sopor que produce no hacer nada. En segundo lugar, lo que importa es marcar el territorio, no tanto averiguar la identidad, sino marcar el territorio, emplazarlo más allá del lugar que frecuenta en ese momento. Es decir, el sentido de la interpelación hay que buscarlo en otro lugar.

3. Uno de los protagonistas de *El bien*, la novela de Jorge Consiglio, se llama Mejía. Mejía es el típico vigilante, el prototipo de la policía de proximidad o visibilidad. Se la pasa vigilando siempre las mismas manzanas y su trabajo consiste en dejar pasar las horas. El tiempo avanza en cámara lenta, se repite hasta el hastío. Así lo relata Consiglio:

“Anda unos pasos y se detiene: es el rito de cada guardia. Va y viene por una calle desierta. Las horas cargadas de aridez se suceden.” (186).

“Durante esa mañana Mejía no hizo nada. Anduvo de un lado a otro. Se entregó, en gran medida, a la observación.” (59).

“Iba de acá para allá con las manos en los bolsillos. Miraba hacia los otros edificios. Soñaba con encontrar algo que lo distrajera.” (71).

“Mejía, en ese entonces, fumaba casi dos atados por día.” (71).

“A veces se distraía alimentando un gato o reparando la radio de un vecino. Mejía no hablaba. Estaba más distraído que de costumbre. Tenía el rigor de los asesinos”. (171).

“Pero a medida que Mejía se aburre, “convalece” y se llena de “amenaza y desafío” (115).

Mejía acumula tedio y rencor. Un rencor que crece cuanto más aburrido está y que después descargará contra un boliviano durmiendo en el banco de una plaza, contra un perro, o los protagonistas de una pelea callejera que no se sabe si son parientes o conocidos.

Vale la pena transcribir la escena completa, porque la misma contiene todos los elementos de nuestra tesis, no sólo postula la relación entre el tedio y la violencia policial, sino que nos habla de una violencia (la policial) hecha de inexperiencia, temor, adrenalina, respeto, bronca y azar.

“-¡Alto... alto ahí, carajo!

Los hombres, aturcidos y casi sin aliento, no le prestan atención.

Mejía, que todavía conserva desabrochada la cartuchera del arma, apoya el canto de su mano en la culata. En su corrida, pisa una irregularidad del terreno y está a punto de caer. Con un movimiento atinado de sus brazos logra incorporarse. Sigue adelante. Antes de volver a gritar, saca el arma. Dispara dos veces al aire en señal de aviso:

-Paren, carajo... Paren o los mato, mierda.

Sabe que no habla por hablar: un asesino respalda sus palabras. Ahora, el odio, que es lo único que dura, lo inflama.

El estruendo de los balazos le hace apretar los dientes. La sangre parece hervirle en las venas.

Mejía está casi frente a la reja. Se detiene y duda. Después, larga el aire y vuelve a tirar. Se dice que quiere asustarlos, pero él mismo no termina de creérselo. Agazapado, hace fuego dos veces. Sostiene el arma con las dos manos. Su pulso, sin embargo, es vacilante. No puede dejar de temblar.

La primera bala desconoce a los dos hombres, roza un escalón de mármol y se hunde en la pared, apenas por encima de la puerta. La segunda, en cambio, es la precisa. Alcanza a Emon por debajo del omóplato, atraviesa el pulmón y queda alojada detrás de una costilla.

Emon aleja a Bodart de un empujón. Tuerce la boca. Hace un vano intento por llegar con la mano al orificio que tiene en la espalda. Se derrumba y su cara queda medio hundida en un charco. De su boca salen



tres burbujas de sangre que flotan en el barro. Le tiemblan las manos. Está a punto de morir.

Bodart, con menos miedo que asombro, toma a Grace del antebrazo y la obliga a seguirlo. Saltan la reja y se internan en el follaje. En su corrida, escuchan la voz de Mejía, reforzada por el ansia: ahora más que nunca quiere matar. Exige obediencia, está cebado como un animal. (...) La tormenta, ahora, es parte de ellos, de modo tal que la olvidan. Son puro presente. Sus vidas dependen de su aliento.

Escuchan los gritos de Mejía y sus botas pesadas; botas que abren, justo detrás de sus talones, una brecha entre las ramas.

Bodart y Grace saben que los acecha un hombre cegado por una furia más antigua que su propia vida. Entonces, corren sin parar con las sienes cruzadas por la locura. Corren con toda la energía que el terror les da, sin tiempo para el cansancio o el descuido. Corren. Se pierden entre la tormenta y la confusión de la espesura.”

4. Retomando la tesis de Steiner sobre el tedio burgués podemos agregar que a medida que emerge la inseguridad como problema público, con el auge de la prevención situacional o ambiental (Sozzo, 2000), se producen una serie de transformaciones de valores y prácticas. Si la seguridad se asocia a la policía, entonces la inseguridad implica más policías en la calle patrullando el barrio, más policías de consigna en cada esquina o en la puerta del supermercado chino. Las políticas de saturación policial en los “barrios calientes”, la multiplicación de las cuadrículas con más móviles patrullando la zona y policías a pie recorriendo las calles, son una consecuencia de estas transformaciones.

La política de sobresaturación implica tranquilidad para los vecinos pero tedio para los policías. La actividad laboral tiene que hacer frente a una rutina chata, un interminable domingo de densa vacuidad. El tiempo se desacelera y se vuelve repetitivo. Los policías sienten que el tiempo no pasa, al menos hasta que no claven su diente y rompan la monotonía. En

una actividad reducida a la inercia, el policía se convierte en policía cuando sale del sopor que envuelve su quehacer. El tedio policial está engendrando malentendidos cotidianos que, lejos de sumar concordia a la rutina, alimentan los prejuicios de la vecinocracia, la bronca de los más jóvenes. La juventud, sobre todo aquella que tiene determinados estilos de vida y pautas de consumo, es el blanco perfecto del trabajo policial, la oportunidad de escapar del aburrimiento e imprimirle un poco de acción a un trabajo rutinario y chato. Por eso la calma del barrio, es calma chicha, tensa, que puede romperse en cualquier momento.

De la misma manera que gran parte de las travesuras o fechorías de los jóvenes surgen del aburrimiento (Corrigan, 2010: 202-207) (Duschatzky y Corea, 2004: 44-6), gran parte de las prácticas policiales violentas tienen también origen en el tedio, están impulsadas a romper con la inercia del cotidiano, para adueñarse de la “autoridad” que les enseñaron que representaban. Al enfrentar el aburrimiento los policías se vuelven agresivos y abusivos.

## **Bibliografía**

Baudelaire, Charles (1991). *Las flores del mal*. Buenos Aires, Losada.

Calvet, Louis-Jean (1992). *Roland Barthes. Biografía*. Barcelona, Gedisa editores.

Consiglio, Jorge (2013). *El bien*. Buenos Aires, Edhasa.

Corrigan, Paul (2010). “Haciendo nada”. En: *Resistiendo a través de los rituales. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de la Posguerra*. Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP, La Plata.

Duschatzky, Silvia y Corea, Cristina (2004). *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Buenos Aires, Paidós.

Fassin, Didier (2016). *La fuerza del orden. Una etnografía del accionar policial en las periferias urbanas*. Buenos Aires, Siglo XXI.

L’Heuillet, Hélène (2010). *Baja política, alta policía. Un enfoque histórico y filosófico de la policía*”. Buenos Aires, Prometeo Libros.

Rodríguez Alzueta, Esteban (2016). *La máquina de la inseguridad*. La Plata, EME.

Sozzo, Máximo (2000). "Seguridad ciudadana y tácticas de la prevención del delito". En: *Cuadernos de Jurisprudencia y Doctrina Penal*, N°10, Buenos Aires, Ad Hoc.

Steiner, George (1991). "El gran ennui". En: *En el castillo de Barba Azul. Aproximaciones a un nuevo concepto de cultura*. Barcelona, Gedisa.

Tonkonoff, Sergio (2007). "Tres movimientos para explicar por qué los pibes chorros visten ropas deportivas". En: *La sociología ahora*. Buenos Aires, Siglo XXI.